

tiempo que estamos oyendo cómo el Gobierno español dice que no hay tiempo, hemos visto como los Gobiernos de los otros países, lo mismo neutrales que beligerantes, han movilizad el capital, han aumentado los jornales, han establecido industrias, han defendido su situación económica, se han atrincherado contra la miseria, se han salvado. ¿Qué va a decirse, cuando lógicamente, honradamente, no puede decirse nada?

Un escritor alemán, Harden, escribía en un estudio reciente, que en este momento histórico, allí donde los Gobiernos no se decidan a actuar, actuarán rápida, energética y voluntariamente, los pueblos. ¿Será cierto? Si lo fuera, viendo la pasividad de nuestros Gobiernos, habría llegado el instante de arrodillarnos en acción de gracias ante la imagen trágica de esta guerra, que obraría el milagro de obligar a actuar, rápida, enérgica y voluntariamente, al pueblo español.

¿Y NOSOTROS? ¿Y ESPAÑA?

La guerra europea que, hasta hoy, se había presentado como un peligro trágico, está en los lindes de la realidad. La guerra europea que, hasta hoy, sólo había movido teorías, más o menos científicas, y palabras, más o menos ajustadas a la verdad, hoy mueve ya soldados y cañones y barcos. La guerra europea esta a punto de ser la guerra.

Para que el peligro no llegue a ser realidad, las circunstancias han de pesar más que la voluntad y el juicio de los hombres. Y esta razón de que en Europa, en un momento histórico como el que vivimos, las circunstancias, lo que Kant llamaría colaboradores ocultos, decidan con más eficacia que el imperio humano, decreta la ruina de Europa espiritual. Europa, lo que simboliza Europa, lo que vemos en Europa es lo que va a ser vencido en la guerra si la guerra se produce. Europa, si estalla la guerra europea, no va a ser

ya un ideal. Casi no lo es hoy al ver las causas que pueden motivar la intervención de los soldados alemanes—de Alemania, la tierra de la filosofía;—la mediación de los soldados franceses—de Francia, la tierra de la libertad;—la complicación de los soldados ingleses—de Inglaterra, la tierra donde la política ha llegado a ser la «hermosa ciencia» con que soñaba Platón.—Casi no es hoy Europa un ideal, hemos escrito, al ver las causas que pueden lanzarle a la guerra. Porque Europa deja de ser un ideal de justicia al promover una guerra por el hecho de que dos o tres súbditos de un país—Serbia—se arriesguen a matar al príncipe heredero de otro país—Austria,—y el emperador de Austria, por este atentado, exige responsabilidad a toda la nación serbia. Porque Europa deja de ser un ideal de libertad al declarar una guerra por el hecho de que un Imperio sin ningún valor moral—Austria,—quiera castigar a un pueblo que se esfuerza por redimirse—Serbia,—sus manifestaciones de independencia. Porque Europa deja de ser un ideal de cultura al aventurarse en una guerra por odios, por envi-

dias, por celos, por venganzas, por todas estas pasiones que fijadas en el espíritu de un hombre lo rebajarían a un nivel puesto a ras de los instintos de la bestia.

«Cuando oigas el ruido de las armas—escribió Aulo Gelio,—guarda la filosofía. La filosofía y las armas son dos mortales enemigos.» Es verdad. Por esto en estos momentos en que se oye ruido de armas es preciso dejar toda sutileza metafísica. La pluma ha de ser un arma también. En los problemas pedagógicos—por ejemplo,—un pedagogo puede servirnos de guía. En los días de desfallecimiento morboso, un médico es el que ha de atendernos. En las inquietudes religiosas un teólogo podrá acudir para convertir la inquietud en duda o en confusión. En los momentos de guerra habremos de acogernos únicamente al soldado. Y el soldado, que no es pedagogo, ni médico, ni teólogo, sino soldado, y exclusivamente soldado, arguye sólo con la razón de las armas, señalando el lugar de las armas en el combate. Este lugar está ya bien determinado en este peligro de la guerra europea. Al principio solo lucharán Austria y Serbia. Si Serbia

puede sostenerse en la defensiva, la guerra continuará lentamente entre las dos naciones gastando oro y más oro, derramando sangre y más sangre. Si Serbia se vé acosada brutalmente por los austriacos entonces en apoyo de Serbia irá Rusia. Austria no peleará sola si llega este momento trágico; Alemania se pondrá a su lado. Alemania y Austria unidas, pelearán contra Serbia y Rusia aliadas. No terminará aquí. Al lanzarse Alemania en favor de Austria, Inglaterra se lanzará en favor de Serbia y Francia, por el pacto internacional que tiene establecido con Inglaterra y con Rusia, se decidiría también a entrar en lucha; ella, la República de la Revolución se unirá cordialmente al Imperio en que aún domina el absolutismo. Queda Italia que forma alianza con Austria y con Alemania. ¿Luchará Italia, que odia con todo su corazón a Austria, al lado de Austria? Las armas, ya hemos dicho que apagan, que ahogan todas las inquietudes psicológicas. El ejército italiano, en guerra, no es la nacionalidad italiana, en paz.

¿Y España? ¿Y nosotros? El presidente

del Consejo de Ministros, señor Dato, dijo tranquilamente que podrían llegar hasta aquí las salpicaduras. Las salpicaduras deben ser la guerra, la intervención en la guerra, la expoliación por causa de la guerra, las violencias inherentes a la guerra. Como el señor Dato no anunció más que la contingencia del peligro, este adverbio «tranquilamente» ha sido escrito con toda intención. Porque si las salpicaduras pueden llegar, el aviso había de ir seguido del anuncio de los medios de defensa de que se dispone, si se dispone de medios, o de la amargura de no poder disponer de los medios necesarios. Nada de esto. El Sr. Dato calló después de advertir el peligro. Ni habló de la fuerza con que podemos contar en tierra, ni de nuestro poderío naval. Sobre todo no habló de nuestro poderío naval. Y este silencio del señor Dato sobre la marina española evidencia hasta qué punto es innecesaria esta marina a España y a Europa. Si fuera necesaria a Europa se anunciarían ahora las naciones que tácitamente van unidas a nosotros la debilidad material a que nos hemos condenado. Si. Si fuera necesaria a

España, hubiera lanzado el señor Dato todas las responsabilidades contra los que en estos momentos de peligro habrán dejado a su patria indefensa.

No ha sido así. Y es que el problema del poderío naval no ha de plantearse en abstracto como se ha planteado hasta hoy en España hablando de patriotismo y de independencia nacional. No. El problema del poderío naval ha de plantearse en concreto, señalando los compromisos internacionales y las responsabilidades a que obligan estos compromisos. Los compromisos internacionales que tiene contraídos España no le obligan a aumentar su poderío naval. España, ni ha de emprender aventuras guerreras, ni ha de poder defenderse de aventuras guerreras que contra ella emprendan otras naciones por el hecho de construir dos o tres acorazados más. España viene obligada a estar quieta, a mirar hacia dentro, a no pensar en la fuerza que puede llevar al exterior sino en la fuerza que puede despertar o crear en el interior. Ahora mismo: si estas salpicaduras llegan a las Baleares, por ejemplo, o a las Canarias, y dejar de ser espa-

ñolas para ser inglesas o alemanas, ¿qué podríamos nosotros con estos mismos acorazados de hoy y aún con tres, con cuatro o con cinco acorazados más contra Inglaterra o contra Alemania?

¿Que todo esto es pesimismo? No. Es la realidad. Es la lección brutal de la realidad. Inglaterra se extendió por los mares a medida que aumentó su riqueza, su cultura, su fuerza propia; y no se extendió más allá de donde creyó que podía llegar esta riqueza, esta cultura y esta fuerza. España, loca, ciega, pobre, débil, quiso que en sus dominios brillase siempre el sol. Y en efecto, el sol, por un espacio de tiempo no se ocultó nunca en los dominios de España. Brilló siempre. Pero un día se perdió una nación que habíamos conquistado; otro día se desarraigó de nosotros una colonia que habíamos descubierto; otro día, dentro del mismo territorio de España, se levantaron fronteras extranjeras. Perdíamos lo que ganamos casualmente; lo que, por una serie de razones, no teníamos aptitud para retener, para conservar.

Las armas... ¿Volveremos a hablar de

las armas? ¿No sería preferible, ya que en esta guerra europea nadie se preocupa de nosotros, nadie nos llama, que aprovecháramos este desvío para reflexionar sobre nuestra dolorosa significación en el mapa de Europa, para darnos cuenta de nuestra insignificancia, para hacer un poco de filosofía, para gastar financieramente en la paz lo que hasta hoy hemos gastado en la guerra? A ver si mientras el ruido de las armas apaga en Europa la voz de la cultura, en España, la cultura que pueda nacer de este dolor de ahora, atenúa el ruido de estas armas españolas: este ruido que venimos oyendo sin cesar, sin interrupción, un día y otro día, un año y otro año, un siglo y otro siglo...

•POLÉMICA DE LA GUERRA•

Luis Araquistain ha escrito un libro sobre la guerra europea. El libro se titula *Polémica de la guerra*, y es por un lado una prueba del estilo claro, correcto, conciso, de dicho escritor; una muestra de su amplia visión; un ejemplo de su cultura y de su ecuanimidad dentro todos los problemas, metidos el corazón y el alma en todos los problemas. Es, por otro lado, una revelación de figuras, de hechos y de causas que la guerra ha traído y que no llegan a los ojos de la mayor parte de los mortales. Es, por otro lado, un valor intelectual y cordial que los españoles aportamos a la literatura de la guerra.

El libro de Araquistain comprende seis partes. En la primera estudia los orígenes de la guerra. Y en ella, el capítulo *Sarajevo o la casualidad histórica* resalta por su concepción exacta de las causas de la guerra. «En la conciencia de todo el mundo está que la causa de ese conflicto fué

el sacrificio de los príncipes herederos de Austria a una conspiración Serbia en Sarajevo. Pretendió Austria castigar a Serbia, porque Serbia no quiso castigar a los asesinos o a sus instigadores. ¿Es esta la verdad? «Solo una media verdad», dice Araquistain. Y analíticamente, fijando hechos históricos, descubre la verdad entera.

«Cierto es que el Gobierno serbio—escribe Araquistain empezando su examen—se había mostrado benévolo con los conspiradores. ¿Cómo se explica? Se explica teniendo en cuenta que el príncipe Francisco Fernando era el obstáculo mayor a la política expansiva de Serbia.» Ya va descubriéndose el motivo del atentado. Serbia tenía, tiene una política. Su enemigo era el príncipe Francisco Fernando. Príncipe de una dinastía diferente a la que reina en Serbia, príncipe de otra nación. ¿Cuál será esta política expansiva de Serbia que tan fuerte oposición levanta en Austria? «Dos intereses profundos—continúa Araquistain—tenía el malogrado futuro emperador austriaco en oponerse a esta expansión serbia. Dos, y también

profundos, son los intereses que animan a la política expansiva de Serbia. Tiene este pueblo un vital ideal de comercio: abrirse paso hasta el Mediterráneo para dar salida a su abundante riqueza agrícola. Pero esta salida causaría una dura competencia económica a Austria-Hungría, que también son pueblos preponderantemente agrícolas. A Austria, le interesa, pues, mantener alejada del mar a Serbia. La otra tendencia de la política expansiva de Serbia consiste en atraerse a los serbios y, en general, a la población eslava que hoy está incorporada a la monarquía austro-húngara. Este ideal nacionalista tomó en estos últimos tiempos expresión violenta. Publicóse una vasta literatura contra Austria y se la hizo circular profusamente por todas sus regiones eslavas. Esta campaña culminó en la tragedia de Sarajevo, precisamente la capital de Bosnia, la provincia usurpada a Serbia. En Francisco Fernando se hirió el alma de la política internacional austriaca, al que mejor representaba los intereses económicos y políticos de Austria, frente al poder expansivo de Serbia. Aus-

tria dijo entonces que quería vengar la muerte de sus príncipes. Esta es, repetimos, sólo media verdad. La otra media se desprende sin esfuerzo de todo lo dicho: no sólo se trataba de vengar el asesinato de Francisco Fernando, sino de utilizarle como pretexto para avanzar un paso más en la que fué su política, esto es, para asestar un golpe a Serbia y detenerla en su doble expansión hacia el Mediterráneo y hacia Hungría. ¿No está claro el juego de las fuerzas económicas?» Sí. No es un crimen vulgar, un asesinato aleroso, como gritó Austria para justificar la guerra. Es el deseo de Serbia de ser, de ascender, de vivir, y la zarpa de Austria clavada en el corazón de Serbia. Es el porvenir de Serbia que puede ser un daño para el porvenir de Austria. Es la expansión de un país pequeño que puede ser a costa de la reducción de un país grande. Es la lucha entre dos riquezas. Los serbios que mataron al príncipe Francisco Fernando, creyeron que, con esta muerte, despejaban el horizonte de su patria.

En la segunda parte del libro, un capítulo, *Bernard Shaw, o la crítica funam-*

bulesca, retiene nuestra atención. Es una serie de apostillas al folleto *Common sense about the war* de dicho autor inglés. La personalidad de Bernard Shaw es estudiada por Araquistain. Y es estudiada con atención, queriendo llegar al alma de la figura que se estudia; queriendo descubrirle, por los ojos, el espíritu. Afirma que Bernard Shaw ha hecho más que ningún otro inglés contemporáneo por aligerar el espíritu público de ese peso muerto que las costumbres y las ideas tradicionales habían echado sobre él. Sostiene que Bernard Shaw es un gran moralista vestido de clown. Y se revuelve contra él para decirle: «Nada habría perdido su reputación literaria con haber escrito su trabajo sin saltos mortales y caídas de barriga. En esta hora trágica tienen valor universal las palabras de aquél oficial alemán que escribió a un periódico de su país protestando contra las postales chocarreras que se enviaban al campo de batalla representando soezmente a ingleses y franceses. Estas postales—decía el oficial—hacen en el campo de batalla el mismo efecto que un payaso en un entierro.» ¿No

queda nada en firme, fundamental, cimentado, de esta crítica funambulesca? Sí. Queda la crítica seria y cruda de la Diplomacia. Queda quebrada la espada mohosa del militarismo. Queda el saetazo clavado en el corazón de la autocracia medioeval. La afirmación de Bernard Shaw de que esta guerra no es una guerra contra Alemania y el militarismo alemán, sino contra el militarismo de cada nación y contra la diplomacia secreta, es una afirmación fuerte y firme. No es funambulesca. Es científica. Sale del cerebro y del alma. No es una caída de barriga. Es, en este momento histórico, la expresión del sentimiento de toda la humanidad.

¿Termina aquí el libro? No. Hay una parte dedicada a los principios y políticas que esta guerra pone en pugna. En él se enfrentan el militarismo alemán con el marinismo inglés; el imperio inglés con la actitud de sus colonias; el teutonismo contra el iberismo. Hay otra parte que estudia las batallas económicas: la conquista de los mercados, la situación de España, la obra de Lloyd George, esta obra siempre nueva, siempre sugerente, siempre

llena de enseñanzas para los pueblos que solo podemos aprender, llena de remordimientos para los pueblos que no sabemos andar. Hay una última parte, consagrada al espíritu socialista. Araquistain sostiene que si al principio, al estallar la guerra, la guerra significó o pareció significar el fracaso del socialismo, el desarrollo de la guerra ha traído después el triunfo del espíritu socialista. Los obreros organizados valen más en esta guerra que los soldados. El capital, para tener eficacia, ha tenido que socializarse. Los principios socialistas han inspirado durante la guerra los procedimientos de gobierno de las naciones beligerantes.

Nada más. El libro de Araquistain nos ha prestado a los españoles un doble servicio. Nos ha dado un puesto en esta lucha intelectual que sigue como una sombra a la lucha de las armas y nos ha fijado nuestro deber. Un deber de reconstitución, de aprendizaje, de observación, de trabajo silencioso, de extendernos por los desiertos de España, de extendernos por los puestos de la Tierra que la guerra ha dejado abandonados. Un deber de hacer y

esperar, contrario al no-hacer y desesperar... Este libro nos ha fijado un deber. ¿Sabremos cumplirlo?

EL FRACASO DE LA PREPARACION

La frase es de un escritor español. «Esta es la guerra de preparación contra la improvisación». Es la guerra de los pueblos preparados contra los pueblos descuidados. Es la guerra de las hormigas contra las cigarras. Es la guerra de Alemania con cuarenta años de adiestramiento militar, de fabricación de municiones, de construcción de ferrocarriles, de espionaje, contra Inglaterra desprevenida, contra Francia, confiada y serena; contra Bélgica, segura en sus tratados; contra Rusia, contra Italia, contra Serbia, que no pensaban ya en una nueva contienda europea dirimida con las armas.

La preparación contra la improvisación, sí. Clara, fija, exacta es la sentencia. Pero no será eterna; no definirá toda la guerra. La preparación contra la improvisación fué la característica del principio de la guerra. Fué la señal de los primeros